

## CANTO CUARTO

### I

En la limpia armadura  
De un grupo de guerreros  
Dejaba el sol, al trasponer las lomas,  
Su resplandor postrero.

Las flotantes cimeras  
De los ferrados yelmos  
Al viento de la tarde se agitaban  
Con blando movimiento.

Como españoles, bravos,  
Como soldados, crédulos,  
Siempre el brazo á la lucha aperebido,  
Y el alma á las consejas y á los cuentos,

Los del corro escuchaban  
A un camarada viejo,  
En su adarga los unos apoyados,  
Y sentados los otros en el suelo.

### II

—¿Dices que es un fantasma  
Eso que anda de noche por el pueblo?  
—No es otra cosa, á mi sentir: la sombra  
De algún cacique muerto.

—Que es un indio no hay duda;  
Lleva en la frente plumas, y su cuerpo....  
—¡Su cuerpo! ¿Acaso piensas  
Que esa sombra impalpable ha de tenerlo?

—¡Será posible!

—¡Y tanto!

No es el primer espectro  
Que, haciendo yo la guardia en los bastiones,  
Se ha llegado hasta mí. Bien lo recuerdo.

La noche en que Garay venció á los indios  
 En aquel llano que se ve á lo lejos,  
     Ví muchas de esas sombras  
 Que cruzaban gimiendo entre los muertos.

La flor y nata de indios y caciques  
 Cayó en el lance aquél. ¡Si los espectros  
 No se hubieran entonces presentado,  
 No sé cuándo lo hicieran, voto al cielo!

No es de extrañar, por ende,  
 Que ese fantasma que de noche vemos,  
 Viniera á presagiar ruinas ó males,  
 Y es fuerza le arranquemos su secreto.

## III

Más que con los oídos,  
 Con los ojos oyeron  
 Los soldados absortos, las consejas  
 Del camarada viejo;  
 No quisieron los unos  
 Habérselas con muertos;

Pero los más serenos y esforzados,  
     No sin algún recelo,  
 En velar esa noche  
 Se pusieron de acuerdo,  
 Para tender una emboscada heroica  
     Al vagabundo espectro.

## IV

El último soldado  
 De los que por las calles discurrieron,  
 Se perdió en la penumbra de las chozas  
     Del villorrio desierto.

Cayó la noche, y embozado en ella  
 Quedó San Salvador. El viejo Tiempo  
 Sobre las altas horas se adelanta  
     Con paso soñoliento.

Todos duermen: las aves en el nido,  
     Los niños en el cielo,  
     En las cunas los ángeles  
 Y en las ramas inmóviles el viento.

Sólo vela el soldado  
 Que está de guardia en el bastión del pueblo,  
 Y algún perro que ladra, se levanta,  
 Y sobre el musgo tiéndese gruñendo.

Tranquila está la noche; las estrellas  
 Se ven brillar muy lejos;  
 Como una sombra que entre ruinas anda,  
 La luna entre las nubes va en silencio.

## V

Alguien también en velá está sin duda  
 Allá en un aposento  
 De la casa del jefe, en cuyos vidrios  
 Se proyecta una sombra por intervalos

Es la del Padre Esteban,  
 Encarnación de aquellos misioneros  
 Que del reguero de su sangre hacían  
 La primer senda en medio del desierto,

Y marcaban el sitio  
 Hasta el cual penetraba el Evangelio,

Con el cadáver solo y mutilado  
 De algún mártir sin nombre y sin recuerdo.

La lumbre, en las paredes  
 Del aposento estrecho,  
 Dibujaba, con mano temblorosa,  
 Las formas sin color de los objetos;

Y la negra silueta  
 Del pensativo monje, sobre el suelo,  
 Obediente á la luz, se estremecía  
 Con un imperceptible movimiento.

Meditaba el anciano  
 Los destinos secretos  
 De aquella pobre raza moribunda  
 Que el abismo atraía hacia su seno.

Miraba el Crucifijo,  
 Símbolo dulce del amor eterno;  
 Interrogaba á sus cerrados ojos,  
 Y á su labio espirante y entreabierto,

Y entonces recordaba  
 Al indio de ojos de color de cielo;  
 Miraba en él su stirpe redimida  
 Y el clarëar de un horizonte nuevo.

Quizá advirtió en la frente del salvaje  
 El imborrable sello  
 Del bautismo del bosque, y en su alma  
 Vió brillar algo vacilante y trémulo.

¡Cuántas veces, sentado  
 Junto al indio infeliz, de sus recuerdos  
 El enjambre dormido despertaba  
 Con sólo una palabra ó un consejo!

¡Cuántas veces el indio  
 Sus pupilas clavó en el misionero,  
 Pugnando por secar entre sus ojos  
 Gotas de llanto con esfuerzo interno,

Y bebió sus palabras  
 Inmóvil y suspenso  
 Cuando su oído absorto recogía  
 El tierno són de los cristianos rezos!

Cuando el indio escuchaba  
 El nombre de la Madre del Eterno,  
 Madre también del hijo de los bosques,  
 Virgen que vive en el azul inmenso,

Entonces se agitaba,  
 Se incorporaba, y del anciano al cielo,

Y de éste nuevamente hasta el anciano  
 Pasaban sus miradas. En el viejo

Por fin clavaba los azules ojos  
 Con triste desaliento,  
 Y escondiendo la frente entre los brazos,  
 Se tendía clamando: ¡No la encuentro!

.....

El fraile meditaba, meditaba  
 Con desolado empeño  
 Cuando creía su ilusión cumplida,  
 Tocaba lo imposible y el misterio.

## VI

De pronto, penetró por la ventana  
 Algo como un lamento  
 Que el monje ya otras noches había oído,  
 A una vana ilusión atribuyéndolo;

Pero en aquella noche, claramente  
 Al oírlo de nuevo,

Se llegó á la ventana presuroso  
Y la abrió con estrépito.

Una sombra medrosa, entre los árboles,  
Se levantó del suelo,  
Y, esquivando la luz, huyó hacia el río  
Como empujada por extraño vértigo.

Las plumas que en su frente  
Hacía mover el viento,  
Denunciaron la forma de un charrúa  
Que conoció al instante el misionero.

Miró á la alcoba en que dormía Blanca,  
Miró en seguida al cielo,  
Y una oración cruzó, sin hacer sombra,  
La inmensa soledad del firmamento.

¿Quién es ese charrúa? Es la fantasma  
Que han visto los guerreros,  
Y que acertaron al mirar en ella  
Una sombra, un espectro:

Es Tabaré que, cuando todo duerme,  
Huye de sus ensueños;  
Vaga en lo obscuro, huyendo de sí mismo,  
Y llevando la fiebre en el cerebro,

Hasta caer, guiado noche á noche  
Por un instinto ciego,  
Allí, frente á la casa de Gonzalo,  
Donde hasta el alba permanece yerto.

De la casa del jefe  
Tendido junto al cerco,  
¡Cuántas noches lloraron su rocío  
De aquel charrúa sobre el cuerpo enfermo!

Allí el ñacurrutú lo contemplaba  
Con sus ojos de fuego,  
Y, sin temor, las alas agitando,  
Muy cerca de él pasaba el teru-tero.

Allí el aire del río  
Penetraba en sus huesos,  
Y la luz de la luna lo miraba  
Con amor impotente desde el cielo.

Allí estaba la noche  
En que oyó el Padre Esteban su lamento,  
Y al verse sorprendido, huyó sin rumbo,  
Sobrecogido de un pavor intenso.

De su amor imposible,  
De su desconocido sentimiento

Volaba ante la sombra, que sentía  
Correr tras él, asida á sus cabellos;

Las carnes erizadas,  
Temblorosos y rígidos los miembros,  
Dilatadas y ardientes las pupilas,  
Corría tropezando y sin aliento.

Las sombras de los árboles  
Que la luna trazaba sobre el suelo;  
Las zarzas que sus pies ensangrentados  
Mordían, al romperse con estrépito;

Los ladridos agudos  
De los perros despiertos;  
Las aves que á su paso, levantaban  
De aquí y de allá su sonoro vuelo;

Todo atronaba el exaltado oído,  
Todo enconaba el vértigo  
De Tabaré el charrúa, que seguía  
Su carrera sin rumbo y sin objeto.

---

## VII

Los soldados que el golpe concertaron,  
A su paso febril se interpusieron,  
Asestando sus picas y arcabuces  
A su desnudo pecho.

Los dilatados ojos  
Clavó el salvaje en ellos,  
Escondido en la sombra proyectada  
Por un grupo de ceibos.

La fiebre comprimía su cabeza  
Con sus dedos de acero,  
Y un temblor convulsivo sacudía  
Sus ateridos miembros.

—¡Dínos quién eres!

—Háblanos!!

—Si eres fantasma bueno,  
¡Habla, en nombre de Dios!

—Si no respondes,  
Espíritu infernal te juzgaremos!

—Dale tú con la lanza,  
Veremos si habla; hiérelol  
Y por si fuere espíritu maligno,  
El signo de la cruz haz en el hierro.

—Cuida que no te esquivé,  
Porque mucho me temo  
Que nos haga cegar. Este fantasma  
Al irse ó estallar puede ofendernos.

—¡Cál! No tiene bastante  
Potestad para eso.  
¿No ves que está temblando? ¿No lo sientes?  
¡Herir con brío! ¡No tenerle miedo!

.....

Cual tigre acorralado,  
Volvía el indio su mirar de fuego,  
Todo el furor salvaje  
Sintiendo en su alma y en sus duros uervios;

Y el asta de la lanza  
Dirigida á su pecho,  
Como por un zarpazo arrebatada  
Crujió y saltó en astillas de sus dedos.

Aunque el asombro embarga á los soldados,  
No vacilan por ello,

Y con creciente ardor, sus alabardas  
Buscan herir al infernal engendro.

El indio, sacudido por la fiebre,  
Siente que ya su cuerpo  
Va á desplomarse, pues sus piernas trémulas  
Se doblan á su peso;

Cuando, á espaldas del grupo,  
Clamó una voz cansada: ¡Deteneos!  
Y con la frente cana descubierta  
Se vió llegar jadeante al misionero.

Se abrió paso hasta el indio  
Tendiéndole los brazos; éste al verlo,  
Se aferró á su sayal, dobló la frente  
Y en tierra dió con su extenuado cuerpo.

## VIII

Del seno de una nube,  
Sus desflocadas orlas encendiendo,  
Salió la luna que alumbró piadosa  
La yerta faz del infeliz enfermo.

—¡Tabaré! prorrumpieron los soldados.

—¡El indio de los ceibos!


—¡El indio loco!

—¡El de los ojos verdes!

—¡El fantasma del cuento!

.....

El fraile la cabeza  
De Tabaré apoyó sobre su pecho.  
¡Los soldados entonces se engañaban  
Al creer que el indio aquel no era un espectro!



## CANTO QUINTO.

---

### I

Desleída en las tintas de la aurora,  
La luz se disolvió de las estrellas;  
La risa de los cielos  
Ha despertado el himno de la tierra.

El ombú, solitario de las lomas,  
La copa verde apenas balancea;  
El sauce besa al río,  
Y el talle esbelto cimbran las palmeras.

Su carnoso ropaje verdinegro  
Sacude el canelón de las riberas;  
La flor del camalote  
Morada y blanca en la corriente juega.